



DÍA MUNDIAL DEL RIÑÓN (1)

El riñón del buen samaritano

«Ojalá pudiera abrazarle, decirle que somos su familia». Josep Antoni 'resucitó' por la generosidad de un cura que conoció el tráfico de órganos en la cárcel. A cambio, su esposa donó un riñón a otro enfermo. Serán abuelos en unos días

En una húmeda celda de una cárcel de Sudamérica comenzó esta historia de final feliz. Allí fueron a parar los huesos de un sacerdote catalán. La Justicia de un país bananero lo metió preso por una simple infracción administrativa. Aquellos días entre rejas cambiaron su vida. Y la de Josep Antoni Sánchez y Magda, su esposa. Entre rejas oyó historias truculentas, pesadillas de gente dispuesta a vender su cuerpo por un puñado de billetes. Víctimas del tráfico de órganos humanos. Y el religioso lo tuvo claro: quería ser un buen samaritano.

De vuelta a España, el sacerdote no dudó. Entraría en un quirófano y saldría solo con un riñón. El otro lo donaba, no le importaba para quién fuera. Para quien más lo necesitara. «Un periodista le dijo en una entrevista a Teresa de Calcuta que él no haría el trabajo de ella ni por un millón de dólares. Ella contestó que tampoco, que lo hacía por amor a Dios. A mí me pasa igual, solo que ella dedicó una vida a los demás y yo solo unos días. Siendo el que he dado, he recibido mucho más», relata el buen samaritano en un vídeo en el que se ha distorsionado la voz para preservar el anonimato.

Josep Antoni (Barcelona, 1949) es un superviviente. Un tenaz espartano en el cuerpo de un jubilado de una empresa de comercio portuario. Un luchador que sabe lo que es tumbar a base de voluntad, una familia de hierro y optimismo un infarto intestinal, un cáncer de riñón, la diabetes que ahora le ha causado la medicación contra el rechazo y cinco años de agotadora diálisis para depurar lo que sus inoperantes riñones no expulsaban. Colecciona cicatrices y marcas en su cuerpo, con las venas de ambos brazos maltrechas de aguantar las agujas de dos milímetros del tratamiento: seis horas diarias, tres días a la semana, conectado a una máquina. «Era mi jornada laboral», bromea hoy Josep, que ha perdido la cuenta de cuántas veces ha pasado por el quirófano. Pero el cuerpo ya no le duele. Puede más su alma viva, la alegría que dejan traslucir sus ojos achinados al sonreír (apenas deja de hacerlo), el color sonrojado de su piel, 'su Magda', su esposa «de toda la vida, de lo que hoy ya no hay», su fiel compañera desde hace 38 años, contemplándolo a su lado en el sofá de casa, comiéndoselo con los ojos.

Lo de volver a nacer no es un topico en el caso de Josep Antoni. El 3 de mayo cumplirá 63 años. Pero el 6 de abril es su otro cumpleaños. Ese fue el día de 2011 en el que se obró el milagro en la Fundación Puigvert de Barcelona. Allí, en el mismo hospital, también es-



ARTURO CHECA

taba el sacerdote. «A unos pasos de nosotros...», recuerda Josep Antoni en su casa de Barcelona, situada junto a la playa. La ciudad ruge abajo entre coches y obreros abriendo una zanja. Nadie sabe que en el tercer piso de un edificio cualquiera (la ley de trasplantes exige proteger el nombre y la imagen de los trasplantados y los donantes), vive un hombre único en

España. Un matrimonio sin igual. El de Josep Antoni, el primer trasplantado en España (y de momento, el único) gracias a la generosidad infinita de un sacerdote, y Magda, su esposa, la misma que se obstinó en donarle un riñón a su marido, pero que se topó con el muro de un grupo sanguíneo incompatible. Eso no le frenó. Esta dama de hierro, licenciada en

'ama de casa' y doctorada en 'pediatría y geriatría', como se define, ha 'criado' a cuatro hijos («y a cuatro abuelos», así que para ella era «una minucia» quedarse con un riñón menos.

A Magda (Barcelona, 1954) no le tembló el pulso a la hora de entrar en la cadena de donaciones que inició el buen samaritano: a cambio del que recibió su marido,

ella entregó uno de sus riñones a un enfermo hepático de Almería. La pareja de este paciente, a su vez, hizo lo mismo con otro afectado de la Ciudad Condal.

Josep Antoni se oponía. Igual que se negó durante su penitencia de años a que sus hijos le dieran un riñón (tiene cuatro: los gemelos Oriol y Albert, de 20, «los que llegaron cuando buscábamos 'la

EN DETALLE

100 candidatos, 1 elegido

Un centenar de personas se ofrecieron en 2011 para donar un órgano en vida a un desconocido. Solo cuajó el del religioso catalán, según la Organización Nacional de Trasplantes. El resto se rechazó por mala salud o problemas psicológicos. La más mínima hipertensión da al traste con la donación.

Un duro examen

Los candidatos a donar un riñón en vida pasan un férreo proceso: estricto examen médico, perfil psicológico para constatar que saben lo que hacen y reconocimiento ante un juez de obrar libremente y sin dinero de por medio.

+30%

Es el aumento de donaciones renales in vivo el año pasado en España, especialmente de familiares. Por esta vía fructificaron 312 trasplantes de riñón, un porcentaje importante del total de 2.494 renales.

5.484

personas acabaron el año pasado en lista de espera para recibir un órgano sano en España. Aún mucha gente, aunque menos que en 2010: eran 5.760. Más de 4.000 ansían un riñón.



«Es un milagro. Quisiéramos llegar al corazón de las personas, de aquellos que no tienen hijos... Donar es lo más parecido a crear vida»

Josep Antoni y Magda, junto a su casa en Barcelona.
:: SUSANNA SÁEZ

mena'; Jordi, de 32; y Ferrán, de 36, que en días les hará abuelos). «Yo ya he vivido mi vida, pero ellos tienen toda la suya por delante. No podría perdonarme que luego necesitaran los dos riñones y solo tuvieran uno». Magda lo convenció con una simple pregunta, directa al corazón. «¿Tú lo harías por mí?». Y Josep solo pudo dar un sí.

Él querría conocer a su ángel, del que apenas sabe que se encuentra «de cine y que ha hecho el Camino de Santiago», y darle un abrazo eterno. «Decirle que aquí tiene una familia, que venga a casa siempre que quiera...», pero la ley lo impide. Josep querría que todo fuera más natural, como en Estados Unidos. Allí surgió la figura del buen samaritano. Los pri-

meros fueron exsoldados del Vietnam y de otras muchas guerras. Volvían despedazados, con el alma a jirones y el corazón vacío. Lograban ser personas donando un órgano. Y ganaban una familia. «O doce, porque allí se conocen todos, donantes y trasplantados, y se ven periódicamente, hacen barbacoas...», explica Josep Antoni. Una normalidad que muchos pi-

den para España.

¿Cómo resumir el año de la 'nueva vida' de Josep Antoni? Imaginen algo para ponerse en su lugar. Piensen que se pasan cinco años sin el básico y placentero instante de orinar. Solo psicológicamente hablando es un duro impacto, un vuelco radical en las rutinas de la vida. Aquello cambió para él en la misma mesa de ope-

raciones. «El riñón se puso a funcionar nada más conectarlo, ¡y me meaba encima!», rememora entre risas. En el iluminado y colorido comedor del matrimonio hace acto de aparición Jordi, el segundo de sus hijos. Escultor y «orgullosísimo de esta pareja. Para nosotros han sido un ejemplo de ímpetu y positividad. ¡Mi padre le ha echado un par!»,

Paseos, siesta y dominó

No olvida la primera frase que los cuatro hermanos escucharon del cirujano italiano Alberto Breda (miembro del equipo de Trasplantes del equipo de Puigvert, que dirige el doctor Luis Guirado, y que acaba de ganar el Urological Challenge Award, el 'Nobel' al urólogo más prometedor de Europa) tras doce horas aguardando en la sala de espera, con su padre y su madre en la mesa de operaciones, «sin saber si estaban vivos o muertos». Y Breda supo dejárselo claro con una sola frase: «¡Vuestro padre va como un Ferrari!». Y los cuatro hermanos se fundieron en un abrazo entre risas y llantos.

Josep nunca perdió el humor mientras luchaba. Nada más abrir los ojos en el quirófano pidió una radio para oír un partido del Barça. En la UVI cantaba los goles. Anclado a las agujas de la diálisis, arrancaba carcajadas al personal del Puigvert pegando una etiqueta de whisky JB al gotero. «¡No se que me habéis puesto, pero estoy de coña!», decía ante los desternillados sanitarios. O cuando en Reyes aparecía con la corona del roscón. Hoy los sigue visitando. Fueron su 'familia' cinco años. «Tengo síndrome de Estocolmo», ríe.

Josep y Marga, el matrimonio del amor eterno, la pareja de los dos riñones, no se cansan de mirarse en el sofá de su hogar. Él ha vuelto a la vida, a esa que abandonó («estaba en libertad condicional») desde que en un reconocimiento de la empresa le detectaron la tensión demasiado alta. A esa vida que le permite caminar cinco kilómetros por la mañana junto a la playa, disfrutar de la comida, «de la siestecita», de dar un paseo «con mi señora», de jugar al dominó «con los amigos». Nada extraordinario. Y nada menos.

Juntos ya piensan en viajar sin la esclavitud de buscar siempre un hospital. Ya se dieron «el gustazo» de una semana en el tren Transcantábrico y se han apuntado a los viajes del Imerso. En junio conocerán Suiza con los alumnos del aula universitaria a la que asiste Magda.

Mientras, en algún lugar, el anónimo samaritano sonríe:

— ¿Cómo se siente?

— ¡Más ligero! Bromas aparte, donar supera cualquier agradecimiento que te devuelvan. Nada iguala a dar la vida.